

Seix Barral Biblioteca Breve



Karina Pacheco Medrano

Las orillas del aire



Karina Pacheco Medrano

Las orillas del aire

Diseño de colección:
Joseph Bagà Associats

Las orillas del aire
© 2017, Karina Pacheco Madrano

© 2017, Editorial Planeta Perú S. A.
Para su sello editorial Seix Barral
Av. Santa Cruz 244, San Isidro, Lima, Perú.
www.planeta.es

Corrección:
Diagramación: Soluciones Editoriales

ISBN

Primera edición: Marzo de 2017
Tiraje: 0000

Impreso por:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por algún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

A Sonia, mi madre

*En memoria de Rosa Tagle,
Leonor y Laura Gonzales*

*Detrás de nuestros actos,
como una piel de voluntad sin tregua,
somos nuestros propios antepasados.
No hay roca que no sea memoria de nosotros,
no hay trigo ni lamento que no hayamos sembrado o desgajado.
Sobre estos mismos campos donde otros derramaron las lunas
de su sangre, y se alzaron los látigos y nadie dijo nada: camina-
mos.
A nuestro paso dejan los muertos de morir,
Los aún no nacidos respiran libremente.*

CÉSAR CALVO

I LAS PIEDRAS

He venido siguiendo tus pasos, Aira. Quiero creer que me estabas esperando. He dejado mis botas en el auto e intento, descalza, atrapar tus huellas. Es difícil. Avanzo con dolor sobre el pasto seco, las piedrecillas se cuelan entre mis dedos y, a medida que me acerco al río, constato que nunca estuviste demasiado lejos. Tú caminabas sobre estas aguas. Yo no sería capaz, ni he llegado acá para matarme. He venido para enterrarte. A ti, que me expulsaste de tus sueños, te he estado persiguiendo como nadie. Ha empezado a llover, es perfecta esta lluvia: no habrá quien se detenga en el puente para contemplar el río, el pasto se humedecerá y no me hará más daño, la tierra se convertirá en barro dócil. Nadie podría imaginar que bajo este árbol, a pesar de los rayos, escarbo la tierra. Estarás contenta.

Qué distinto habría sido todo si no te hubieras dado a la fuga en la claridad viscosa del mediodía, sin dejar una sola nota que aliviara las preguntas, sin portar nada más que la ropa que llevabas puesta, dejando en el armario centenares de prendas que durante años fueron acumulando agravios.

¿Imaginaste alguna vez que te podría encontrar? Seguramente, muchas veces vislumbraste a otros descubriendo tu secreto y llenándote de vergüenza. No creo que hayas imaginado que iba a ser yo quien daría contigo. Pero acaso, sin querer, dejaste pistas sueltas, como migas de pan que pudieran recordar a los niños perdidos por dónde recuperar el camino. Así, pues, aquí me tienes, horadando esta tierra mojada con los dedos entumecidos y la sola ayuda de una cuchara. No puedo parar, ni aunque el viento me empuje para atrás, como queriendo echarme por los suelos y recubrirme de hojarasca. Me aferro a la cuchara. Acero inoxidable; de esa misma materia estoy hecha hoy. La tormenta está agitando el río y el frío atraviesa las plumas de

mi casaca. Intento evocar tus ojos cuando caminabas sobre las aguas; a ratos yergo la espalda y creo escuchar tus palabras últimas. La hojarasca golpea mis mejillas. Me parece oír el canto de unos niños. Sigo escarbando. De repente, suenan también las palabras de los hombres que en el fondo de la tierra dejaron ofrendas de sangre y juramentos. ¿Qué quedará de todos nosotros cuando te cubra de hierba?

¿Cómo empezó todo? Trato de encontrar un sentido a las cosas, intento identificar al menos el momento en que irrumpió el caos, sino el hilo suelto de la intrincada madeja, y al fondo aparece siempre la selva, y una danza de piedras, y un campo de muertos, y el acertijo de un felino. Sin haberlo programado, me metí en un cementerio. Era otoño en la costa y en la sierra, pero en Erabamba, «Cuna del eterno verano», los mosquitos zumbaban cerca de mi cara y yo seguía caminando sin rumbo, rociándome brazos y mejillas con repelente, alejándome cada vez más del centro. Deseaba conocer algo especial de aquel pueblo amazónico antes de regresar a la ciudad al día siguiente. Me había pasado dos semanas en un campamento arqueológico ubicado a veinte kilómetros del pueblo, y una de esas noches, mientras asábamos salchichas de pavo en el fuego, los obreros me dieron recomendaciones para el único día que me detendría en su pueblo. Había que bañarse en la Ribera Azul de Erabamba, «donde las sirenas afinan la música» y «alargan la vida de los valientes». Allí fui de madrugada. En efecto, a lo lejos alcancé a ver a dos músicos «sireneando» sus instrumentos en una cascada próxima al río. No me acerqué, escondida detrás de unos matorrales escuché cómo iban templando las cuerdas de una guitarra y un violín, sentados sobre las rocas de la orilla, salpicados sin cesar por el chasquido de la catarata. Por momentos, la música saltaba como un arcoíris y me preguntaba por qué el agua sería capaz de modular el aire y los cristales de esas cuerdas hechas de tripas. La cascada misma era un canto arrebatado al encontrarse con el río, pero no opacaba el zumbido de los mosquitos que insistían en picarme, atravesando la tela de mi camisa. Inmortales sanguijuelas, inago-

table el rumor del río. De repente, al otro lado de la carretera, un auto descapotable dio un frenazo en seco.

Aparcó sobre la playa, de sus puertas delanteras bajaron dos tipos panzones con gafas oscuras, y de las traseras, cuatro chicas en bikini. Cada una portaba toallas y cestas que acomodaron sobre la arena tostada de piedrecillas oscuras. De las cestas salieron latas de cerveza y sándwiches; cuando los tipos estuvieron tendidos bocarriba, dos de las mujeres empezaron a cubrirles el cuerpo de crema. Una de ellas destacaba por el festón amarillo que recogía su larga cabellera; también por la sumisión con la que masajeara la barriga y la entrepierna del más gordo. A ratos éste se incorporaba sobre sus codos para acariciarle la cabeza y tomaba sorbos de su cerveza, sin dejar de mirar a las otras dos chicas, casi unas niñas, que chapoteaban en la orilla. Por ilusión óptica, la playa brillaba en tono azul y al otro lado de la carretera las cervezas parecían lingotes de plata brotando de esa arena oscura y densa. Volví a mirar la cascada, por unos segundos creí escuchar de nuevo el rasgueo de la guitarra y el violín.

En la playa, las chicas que antes chapoteaban en la ribera daban techo a los dueños del descapotable con dos sombrillas de lona, una decorada con delfines, la otra con sirenas. Los hombres cayeron dormidos, descansando quizás de una noche de farra. Lo hacían amparados por sirenas de lona y pequeñas mujeres que los protegían del ataque de los mosquitos, mordiendo a ratos sus sándwiches, hasta que también ellas cedieron al sueño.

No llegué a bañarme en la Ribera Azul, no pude prolongar mi vida. Los músicos se levantaron de las piedras como si fueran venados, lentamente, contemplando su reflejo en el agua. En un momento dirigieron la vista al matorral donde me hallaba, uno de ellos me miró a los ojos. Cuando pasaron por mi lado, con sus instrumentos «sireneados», hi-

cieron como si yo fuera un árbol más del bosque. A pesar de su indiferencia, me incorporé y de lejos seguí sus pasos.

Los obreros también me habían recomendado comprar café de Erabamba y darme una vuelta por el parque de pacayes. Era cierto que a solo tres cuadras de la plaza central había otra casi igual de grande, con árboles frutales. Me habían dicho que el más joven tendría cien años. Por su antigüedad, ya ninguno daba frutas que se pudieran aprovechar, fuera porque su sabor era demasiado áspero, o porque brotaban en ramas tan altas que los pájaros y los murciélagos siempre se adelantaban a gozarlos antes de que madurasen lo suficiente como para caer a tierra por su propio peso. La mayoría eran mangos, naranjos y papayales, pero al sitio le llamaban 'Parque de los pacayes' porque estos eran los únicos que ofrecían frutos intactos a los transeúntes, dada la dureza de su vaina. Las copas de los pacayes brindaban sombra a los viejos, niños y enamorados que se detenían a descansar, jugar o besarse en las bancas de hierro forjado. En una de ellas me senté, comencé a adormilarme. Al abrir los ojos, me pareció ver pájaros sobrevolando a pocos metros de mi cara. Me erguí, dos niños se lanzaban dardos de papel. Iban a ser las once de la mañana, la temperatura no dejaba de subir.

El aroma de la fruta carcomida me recordó a mi padre. Lo podía ver desayunando mangos en un pueblo igual de tropical que Erabamba, un impetuoso abogado de veinticinco años dedicado a asesorar sindicatos campesinos, confrontado por prefectos y hacendados. De más joven se había sentido perdido y en esas causas creyó hallar su camino. Muchas veces le oí hablar sobre Cayetano Chumpi, el campesino evangélico que lo había defendido con un discurso religioso la primera vez que una patrulla policial llegada del Cusco lo quiso apresar: «Si Cristo estuviera aquí, sería sindicalista y seguro que a él también lo mandarían a chirona». Después de algunos tira y aflojas, los policías se

marcharon sin llevarse a nadie, solo cargaron su camioneta con sacos de café y mangos. Era 1961 y había ocasiones en que los enfrentamientos acababan por las buenas.

Al evocar esa historia, recordé que tenía pendiente comprar café de la cooperativa de Erabamba, el producto más célebre del distrito; gran parte salía en exportación y solo allí era posible adquirirlo a buen precio. Me encaminé a sus bodegas, ubicadas en las afueras del pueblo, sudando tanto que decidí quitarme la camisa. A costa de llamar la atención de los mosquitos, me quedé en manga cero.

Seguía siendo temprano, con tres kilos de café en mi mochila quise volver a la Ribera Azul para darme un baño, pero debí confundir izquierda con derecha y me perdí. Mientras deambulaba por un sendero de tierra muy similar al que había recorrido de madrugada, terminé arribando al lugar de la verdad última. Ese lugar estaba y todavía está lleno de muertos.

Al divisar unas rejas revestidas por enredaderas, creí haber descubierto otro parque donde me podría refrescar. Recién al atravesar la puerta me di cuenta de que ese sitio era un cementerio, aunque pocas cruces y lápidas se mantuvieran intactas debido al avance de la vegetación. Mariposas sobrevolaban los sepulcros y los espejos de agua formados en los senderos de piedra labrada. Una gota de lluvia cayó sobre mi frente. Más allá, un pájaro chilló, como si diera aviso de tormenta. Arriba solo había una pequeña nube. Abajo el sol sacaba brillo de las enredaderas que recubrían los mausoleos familiares. Los demás muertos yacían bajo tierra.

Nadie más visitaba el cementerio a esas horas. Me abaniqué con el gorro, en medio del calor, solo deseando proseguir por curiosidad, pues muchas ciudades pueden ser iguales, pero los cementerios nunca lo son, menos aún en zonas rurales. En el suelo, el envoltorio de aluminio de un chocolate empezó a revolotear. Allí también la gente arroja-

ba desperdicios fuera de los tachos. En eso aquel cementerio no tenía nada de particular. Otra gota cayó sobre un charco, delante de mis pies. Con toda su pequeñez, formó varias ondas. Decidí continuar, elevando los pasos por encima de los charcos y la maleza, deteniéndome ante las lápidas que llamaban mi atención, como aquella que ostentaba una guitarra de granito en lugar de una cruz. Me detuve frente a la de un niño que parecía haber sido fracturada por un rayo, dejando su nombre partido: Arm-andito. La fecha de su muerte hablaba de treintaitrés años atrás. Aquel niño tendría mi edad de no haber muerto. En todo ese tiempo el musgo había ido rellenando la rajadura de su nombre y yo había seguido viviendo. Sus padres probablemente también siguieron viviendo. Se me erizó la piel. Otra gota de lluvia aterrizó sobre una de mis orejas. Me pareció oír pasos cercanos y por un instante vinieron a mi mente los zombis de las películas de terror. Miré a uno y otro lado. Solo la garúa alteraba la quietud. Terminé riendo de mis tonterías y seguí curioseando, avanzando en ese cementerio que no parecía cementerio, más bien un parque silvestre que desinflaba el temor a morir. Entonces me detuve ante una lápida que resplandecía como un pedazo de hielo entre la hiedra. Al inclinarme para leerla, algo como un rayo cayó aleteando y me partió en dos.

O es que todo empezó el día que decidí cambiar de carrera. Papeles por tierra. Como abogada, nunca hubiera llegado a Erabamba. El 9 de agosto de 1990, en un arrebato que seguramente ya se había estado macerando, pero arrebato al fin y al cabo, decidí cambiar los estudios de Leyes por la Arqueología. No seguí la ruta profesional de mi padre, pero excavando en sitios incas y preíncas terminé, sin imaginarlo, pisando sus pasos. Por la vía del Derecho no hubiera llegado a esa bamba. La culpa fue de Fujimori.

Si miro atrás e intento dibujar los caminos que me mostraron el caos, en la raíz encuentro a ese personaje esperpéntico, también siniestro. Si no fuera por las mentiras de Alberto Fujimori, me hubiera quedado viviendo en una burbuja; una burbuja inflada de medias verdades.

Hasta 1990, a pesar de la violencia política que asolaba el país, a pesar de las crisis económicas que angustiaban a las mayorías, yo seguía en mi burbuja. Y nadie tuvo que pasar hambre o ser violentado en mi familia para que la burbuja hiciera plop. Sin marcha atrás. A medida que el año avanzaba, crecían los rumores de que el naufragio era inminente. A las ocho de la noche del 8 de agosto de 1990, la mesa de casa ya estaba cubierta de papas fritas, guacamole, sándwiches, papas sancochadas y salsa huancaína, también de cajas de vino y vasos. Por entonces, el vino embotellado era escaso y por demás caro, así que nos dábamos por bien servidos si en el mercado de contrabandistas encontramos vino argentino o chileno en *tetra brik*. Media hora más tarde, nos sentamos cerca de la chimenea y empezamos a llenar nuestros vasos, mientras los guitarristas, mi hermana entre ellos, terminaban de templar sus cuerdas. Ya habíamos cantado algunos temas de Sui Generis combi-

nados con huaynos, rancheras y boleros, cuando aparecieron Emilio y su novia con una caja de cerveza.

Si el colapso del mundo iba a ser anunciado en breve, nosotros lo esperaríamos celebrando. En las semanas previas, mis amigos y yo habíamos pasado horas de horas elucubrando sobre las mayores dosis de caos que podría sobrevenir con el nuevo gobierno del que prácticamente nada sabíamos. Pero un shock económico... Nadie en el país lo esperaba. Ahora, llegada la noche, solo nos quedaba descubrir la magnitud de la catástrofe. Pocos días antes, alguien sugirió sacarle la vuelta al miedo y celebrar. Ofrecí mi casa y allí estábamos, con un motivo original para una fiesta. Rachel, la novia inglesa de Emilio, trabajaba en un proyecto de educación popular y conocía las letras de huaynos y rancheras mejor que cualquiera; se prestó la guitarra de mi hermana y comenzó a tocar una y varias canciones. Así las cosas, perder el protagonismo como anfitriona era lo que más me preocupaba aquella noche. La hoguera y el guacamole me reconfortaban. Pedí entonces un bolero poco conocido, «Humo en los ojos». Lo canté sin que Rachel ni nadie me opacara.

A las diez nos estábamos partiendo de risa cuando alguien, probablemente Patricio, propuso ver la televisión. Para esa hora estaba anunciada la proclamación del «shock»; unas medidas de ajuste económico que en teoría debían poner fin a la desquiciada inflación del país.

—No creo que sea peor que el shock de hace dos años —señaló Emilio, apretando la mano de Rachel.

—En cualquier caso, es la consagración de la mentira como política de Estado —apuntó mi primo Jacobo.

—Una raya más al tigre —comentó Patricio—. Los políticos son todos unos estafadores.

Pasamos a la sala de estar y encendimos el televisor. El ministro de Economía ya había iniciado su alocución. Cuando enumeró el salto de los precios de los productos de pri-